

tud, y comunicaba á sus oyentes los ardores del amor divino que abrasaban su corazón. No obstante, faltó mucho para que produjese entre los sectarios de Languedoc los frutos de bendición que se podían esperar. El conde de Tolosa, fautor obstinado y artificioso de esta secta abominable, frustraba los esfuerzos de los hombres más apostólicos. Este príncipe, á quien ha hecho tan célebre como desgraciado la protección que daba á los albigenses, no sufrió cosa alguna que no tuviese bien merecida por sus desórdenes y violencias, aun prescindiendo de su heregía. Es verdad que no la profesaba abiertamente, pero era estremada y aun rayaba en locura su inclinación, ó más bien su pasión por los que la profesaban. Los colmaba de caricias, arrojábase delante de ellos, los llamaba sus señores y hermanos, iba á media noche á sus asambleas, y cuando se le decía que con su afecto á esas gentes se esponía á ser despojado de sus Estados, contestaba: «Bien lo sé; pero estoy resuelto á ello, y estoy decidido á sacrificar por ellos hasta mi cabeza.» Aunque en lo exterior afectaba siempre ser católico, había pocos albigenses que le superasen en impiedad y en los chistes que empleaba para burlarse sacrilegamente de nuestras más santas prácticas. Esta horrenda mezcla, junta con los pillages y desordenadas costumbres de que se le acusaba, hacían de él una especie de monstruo. A escepcion del único escritor de su partido, que nos dejó un romance de su vida para halagarle, todos los demás están acordes en hacernos de él un retrato el más digno de un apóstata y de un perseguidor de la Iglesia (1).

El legado Pedro de Castelnaud era para él un objeto particular de odio, lo mismo que para todos sus protegidos hereges, á

(1) *Hist. de l'Eglis. Gall.* l. 29.

quienes perseguía este legado con tanta perseverancia como rigor (1). Formó una confederación poderosa para la defensa de la fé, é hizo entrar en ella á la nobleza de Provenza (1207), dependiente del conde, quien se vió precisado á unirse á ella, tanto por esta razón como por el temor que le inspiraban las consecuencias de la excomunión publicada contra él. Mas después de muchos juramentos reiterados, no hacía caso de sus mismas promesas siempre que creía poder violarlas sin peligro. Pedro de Castelnaud penetraba demasiado su carácter para ser el juguete de estos artificios, y era muy grande su valor para disimularlos. Dió en rostro al conde con su mala fé y sus perjuros, y haciéndole presentes al legado los excesos á que este príncipe era capaz de dejarse arrebatar, y que su misma vida corría peligro, respondió: «La causa de Jesucristo no triunfará jamás en estas comarcas, á menos que alguno de nosotros muera por la fé. ¡Ojalá que el perseguidor me elija por su primera víctima!»

En fin, el pérfido conde hizo invitar á los legados á conferenciar con él en San Gil de Provenza (2). Había prometido satisfacerles sobre todos los capítulos de que era acusado, y en efecto, al principio parecía recibir con docilidad sus consejos saludables; pero dejando bien pronto este papel violento, y quitándose la máscara sin reserva, les amenazó públicamente con la muerte, y al ellos retirarse les dijo que cualquiera camino que tomasen por tierra ó por mar no escaparían seguramente de su venganza. El abad y los magistrados de San Gil entendieron con razón esta amenaza reflexiva por una resolución fija y determinada, por cuyo motivo condujeron á los legados con buena escolta hasta las orillas del Ródano.

(1) *Hist. Albig.* cap. 64.

(2) *Chron. S. Mal. Antis.* ann. 1208.

no; pero sólo se procuraba evadir la violencia mientras era todavía más temible la traición. Dos hombres del conde, desconocidos á los legados, los habían seguido y los alcanzaron en el lugar donde pernoctaron antes de pasar el río. Al día siguiente por la mañana, después que los legados celebraron misa, como lo acostumbraban antes de partir, uno de los desconocidos se acercó á Pedro de Castelnaud y le dió una lanzada por debajo de las costillas. Pedro, cayendo en tierra, le miró y le dijo: *Dios quiera perdonarte como yo te perdono*, lo que repitió muchas veces con un aumento siempre nuevo de caridad y piedad, hasta que espiró (1208).

El rumor de este delito causó una conmoción universal, y llegó en poco tiempo hasta Roma. El Papa escribió en términos muy enérgicos á todos los señores y caballeros de las provincias de Narbona, Arlés, Aix, Embrun y Viena. Después de referir el hecho, da el título de mártir al difunto, que efectivamente había derramado su sangre por la fé, y como tal es venerado por la Iglesia el día 5 de marzo, no obstante haber muerto lo más tarde en el mes de febrero. Encarga á los arzobispos y á sus sufragáneos que publiquen la excomunión contra el asesino y todos sus cómplices, encubridores y defensores; y denunciara de nuevo contra el conde de Tolosa, que con tanto fundamento se presumía culpable de esta muerte. En fin, usando de la autoridad que entonces se tenía por incontestable, declara absueltos del juramento á todos aquellos que hubiesen prometido al conde Raimundo fidelidad, sociedad ó alianza; pronuncia ser permitido á todo católico, tanto perseguir su persona como apoderarse de sus Estados, y concluye exhortando á la nobleza de aquellas provincias á armarse para la estirpación de la heregía y la conservación de la verdadera fé (1). El

(1) *Gest. Innoc. III.* cap. 8.

Pontífice escribió además al rey Felipe Augusto, suplicándole que fuese en persona á reprimir un vasallo, enemigo tan peligroso de la Iglesia, ó que enviase á lo menos á su hijo Luis. Como el rey corría mal con Otton, rey de los romanos, y con Juan, rey de Inglaterra, respondió que teniendo á sus lados dos grandes leones que sólo aguardaban ocasión favorable para asolar sus Estados, no podían él ni su hijo ausentarse sin cometer una imprudencia, pero que permitiría á sus barones ir á esta expedición. El Papa había escrito al propio tiempo á todos los señores y á todos los pueblos de Francia, como igualmente á todos los prelados, prometiendo indulgencia plenaria á los que se cruzasen para combatir á los sectarios de la provincia narbonense, lo que hizo tomar las armas y la cruz á una infinidad de personas, que la traían sobre el pecho para distinguirse de los cruzados de Levante que la llevaban en el hombro. El estrépito de estos armamentos atemorizó de tal manera al conde Raimundo, que tomó él mismo la cruz contra la secta de la que él era el principal fautor.

Para reemplazar á Pedro de Castelnaud y á Rodolfo, su colega en la legación, que murió hacia el mismo tiempo, envió el Papa dos nuevos legados, Milon, clérigo de la Iglesia romana, no menos recomendable por la profundidad de su doctrina que por la solidez de su virtud, y el doctor Teodisio, canónigo de Génova. Encamináronse por la parte de Lyon para encontrarse con los cruzados que se juntaron de todas las regiones de la Francia en seguimiento del duque de Borgoña, de los condes de Nevers, de San Pablo, de Monforte, del arzobispo de Sens, de los obispos de Autun, de Clermont, de Nevers y de otros infinitos personajes de consideración en el Estado y en la Iglesia. Raimundo se había hecho ya absolver por los legados en el mismo lugar en que fue en-



terrado el bienaventurado Pedro de Castelnau, para darle en alguna manera satisfaccion honrosa. Juró sobre el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que observaria las órdenes del Papa para la paz de la Iglesia y espulsion de los hereges; que no haria sospechosa su fé dándoles su proteccion; que romperia con aquellas euadrillas de bandidos llamados ruterios, y que no vejaria mas á sus pueblos ni á los prelados ortodoxos. Para mayor seguridad, entregó siete castillos de sus Estados y consintió en su confiscacion si no observase sus juramentos. No poniendo limites algunos á sus precauciones ni á su terror, se adelantó en persona hasta Valencia para unirse á los cruzados, con quienes renovó sus empeños, prometió sin reserva hacer cuanto quisiesen, y ofreció en rehenes á su hijo además de las plazas que habia ya entregado (1209).

Marcharon luego todos juntos á Beziers. Los moradores de esta ciudad, abandonada al maniqueismo, se habian hecho odiosos por sus rapiñas, por sus asesinatos y por todos los delitos que eran las consecuencias de su horrible doctrina. Inspiraba sobre todo la mayor indignacion el asesinato de Raimundo Trineavel su vizconde, á quien hicieron pedazos en la iglesia de la Magdalena, despues de haber quebrantado los dientes á su obispo que se esforzaba en disuadirles de ello. Comenzaron requiriéndoles que entregasen cierto número de hereges, cuya lista remitian, y que eran al parecer los principales autores de su perversion; pero no solo se negaron á ello con insolencia, sino que adelantándose algunos de ellos antes de ser acometidos, hicieron caer sobre los cruzados un diluvio de flechas. Llenos de furor los soldados católicos, aguardaban con impaciencia las órdenes de sus gefes, y en el interin los criados del ejército, sin observar disciplina alguna é ignorándolo sus amos, se acercaron á las mu-

rallas y tomaron la plaza por asalto. Pasaron á cuchillo á todos los habitantes, y pusieron fuego á la ciudad. Era el dia de santa Maria Magdalena, y en la iglesia que la estaba dedicada mataron hasta siete mil personas que en ella se habian refugiado; circunstancias que fueron notadas como una señal de la divina venganza, tanto por la muerte del vizconde Trineavel, como por las blasfemias que aquellos sectarios impuros se permitian particularmente contra esta santa amante de Jesucristo. Los cruzados marcharon luego á Carcasona, que habrian podido tomar fácilmente por asalto; mas la suerte que Beziers acababa de experimentar les causaba todavia horror. Admitieron pues una composicion los de Carcasona, reducida á que los habitantes de ella lo abandonarían todo y saldrian en camisa.

Celebróse luego un consejo para determinar á quién establecerian señor y conservador de estas conquistas. El desinterés que manifestaron los principales señores dió á entender que no era el espíritu de ambicion el que los conducia. El conde de Nevers y el duque de Borgoña lo rehusaron absoluta y constantemente; y para que al fin lo aceptase Simon de Monforte no bastaron las mas vivas instancias, y así fué necesario que los legados se lo mandasen por autoridad de la Sede apostólica. Ya observamos en la expedicion de Zara en la Dalmacia, el gran respeto que tenia á las órdenes del Vicario de Jesucristo este héroe piadoso, á quien el tumulto de las armas no impedia oír misa todos los dias, rezar el oficio divino y observar inviolablemente los ayunos de la Iglesia. Honraba su fé y su piedad con costumbres muy puras y virtudes sólidas, con una modestia y humildad tan extraordinarias que, á pesar de la superioridad de su mérito, se atemorizaba de su insuficiencia y se creia muy inferior á su destino. No obstante, su valor apenas tenia

igual, y era tan terrible en los combates, que todos sus enemigos huian con solo verle mover el sable; era activo, emprendedor, firme en sus designios y consecuente en sus miras: su destreza en los ejercicios militares era incomparable, su temperamento robusto, el talle alto, bien formado, y por la afabilidad de su trato no menos que por la facilidad en espresarse, era igualmente propio para conciliarse el respeto de sus nuevos vasallos que para conservar la estimacion de los señores sobre los cuales se le habia elevado. Si en la carrera de sus hazañas se hallan muchos hechos de una severidad asombrosa, conviene tener presente la clase de monstruos, de cuya infeccion creyó no poder purgar de otra suerte las provincias, ó á lo menos no deben perderse de vista las costumbres y preocupaciones de su siglo.

La conducta de los albigenses y de sus fautores daba pretestos plausibles al rigor desplegado contra ellos. Consecuente pues con unos principios que entonces no eran disputados como lo han sido despues, el Papa Inocencio conmovió los fundamentos de otro poder que habia despreciado sus avisos, sus ruegos y sus órdenes. Habiendo el primer agravio sido origen de otros muchos, por espacio de cuatro años, toda Inglaterra quedó entredicha (1208); el rey Juan excomulgado y depuesto de la corona (1212), á que se siguieron los desórdenes y desgracias inseparables de estas revoluciones, y todo por una causa tan estraña en la apariencia á este trastorno enorme, cual era la eleccion de un obispo. Habian sido elegidos á un mismo tiempo para la silla de Cantorbery el sub-prior del clero monástico de esta iglesia y el obispo de Norwich. Llevóse á Roma la causa, y ambas elecciones, á la verdad poco regular una y otra, fueron igualmente anuladas. En seguida propuso el Papa para este arzo-

bispado al cardenal Esteban de Langton, que fué elegido en Roma por los monges diputados de Cantorbery, contra la voluntad del rey, declarada en favor del obispo de Norwich (1). Sin embargo, Esteban era natural de Inglaterra y de un verdadero mérito; pero habia estudiado en Paris, de cuya catedral fué doctor, canónigo de la catedral y cancelario de la universidad. Ya fuese por esta razon que le hacia muy odioso á Juan Sin-Tierra, enemigo declarado de todo lo que olia á francés, ya por la afrenta que creia este príncipe haber recibido en la persona del obispo de Norwich, Juan descargó el primer peso de su resentimiento sobre los monges de Cantorbery con toda la violencia de que era capaz, los espulsó de su iglesia y se apoderó de los bienes del arzobispado.

Escribió luego al Papa en estilo ágrío y picante, diciéndole que no podia recobrase de la sorpresa que le habia causado el ver al Pontífice y á toda la corte romana olvidados al parecer de lo útil que les era su amistad: que sacaban mas beneficio de su reino que de todos los otros estados cisalpinos: que si la eleccion del obispo de Norwich no era ratificada en Roma, impediria á sus súbditos llevar allá las riquezas que él necesitaba para rechazar á sus enemigos que allí eran protegidos, y que la Inglaterra se abstendria de ir á buscar entre los estranjeros, tan mal dispuestos en su favor, la justicia y las luces que podia hallar en sus propios prelados.

El Papa Inocencio respondió al rey Juan con bastante moderacion; se justificó acerca de no haber esperado el consentimiento de este príncipe para la eleccion del cardenal Esteban, y declaró haberle pedido suficientemente, «á pesar, añade, de que no está en uso aguardarle para las elecciones

(1) Matth. Par. ann. 1206; Gest. Innoc. III, n. 131.



que se hacen en la corte romana.» Concluyó exhortando al rey que no resistiese al Señor y no reprodujese las costumbres fatales, á las que los reyes su padre y su hermano habían renunciado. Inocencio escribió en seguida á los obispos de Londres, de Worcester y de Eli, previniéndoles que si despues de sus representaciones no recibiese el rey al arzobispo Esteban, pudiesen en toda Inglaterra un entredicho general de las funciones eclesiásticas, escepto el bautismo para los niños y la penitencia para los moribundos. Esta carta amenazaba todavía al rey con mayores penas en caso de no triunfar de su resistencia.

Los tres obispos, obedeciendo á las órdenes del Papa, se presentaron al rey y le suplicaron con lágrimas en los ojos que asegurase su autoridad y su salvacion evitando el entredicho. El rey les interrumpió con furor, dijo mil injurias contra el Papa y los cardenales; y en los términos blasfemos que le eran familiares juró que si alguno de sus obispos osaba publicar el entredicho, le enviaria á Roma con todos los demas prelados y su clero, despues de haberles despojado de todas sus posesiones; que haria sacar los ojos y cortar la nariz á todos los romanos que se hallasen en sus Estados, y añadió: «¡ojá! pudiera hacer distinguir de las demas naciones con esta señal de infamia á todo el resto de ese pueblo detestable!» En fin, mandó á los tres obispos que se alejasen prontamente de su presencia si querian salvar sus vidas.

Retiráronse en efecto los tres prelados, mas no les impidió el temor cumplir con su comision: el lunes de Pasion que cayó este año en 24 de marzo, pusieron entredicho en toda Inglaterra, y salieron cuanto antes del reino para sustraerse del furor del rey. El entredicho fué observado puntualmente y sin ninguna escepcion, no obstante cualesquiera privilegios, segun las órdenes del Pa-

pa: de suerte que llevaban los muertos de las ciudades y de las aldeas sin sacerdotes y sin rezo alguno, á manera de cadáveres de animales, y los arrojaban en cualquier hoyo donde los cubrian precipitadamente de tierra. Los clamores generales de los pueblos no tardaron en hacer temblar al inconsiderado monarca. Envió legados al Papa, é hizo todas las promesas que creyó podrian sacarle del embarazo en que se hallaba, porque le costaban poco en tales circunstancias. Pero tan temerario en la esperanza como débil y cobarde en el peligro, y así en el bien como en el mal siempre incapaz de fijeza, dilató mucho la negociacion, se abandonó por intervalos á las fogosidades de su resentimiento, y al fin rompió del todo.

Al cabo de dos años, el Papa excomulgó al rey de Inglaterra; mas no se halló en toda la estension de este reino un solo obispo que se atreviese á publicar la censura. No obstante, en poco tiempo llegó á noticia de todos sus súbditos, los cuales en las calles y plazas públicas se decian misteriosamente unos á otros que el rey estaba excomulgado. Hallándose Godofredo, arcediano de Norwiche, en Westminster para negocios de su iglesia, dijo un dia á los que le acompañaban que no estaban seguros los beneficiados permaneciendo al servicio de un príncipe herido de anatema. Delatósele por esto al violento monarca, el cual mandó prender al arcediano, le aprisionó, dejándole sin alimento, cargado de cadenas y revestido de una capa de plomo, cuyo peso junto con el hambre le quitó la vida en pocos dias (1). La crueldad natural de Juan Sin-Tierra recibió todavía mayor estímulo con las insinuaciones de un aventurero, llamado Alejandro Masson, que se tenia por teólogo. Para adular al rey y alcanzar sus favores

(1) Matth. Par. ann. 1209.

decia que los bienes temporales de los principes y el gobierno de sus vasallos no pertenecian de modo alguno al Gefe de la Iglesia. Mas no cesaba de repetir que el rey era el instrumento de la ira de Dios, establecido para gobernar el pueblo con vara de hierro. Por mas agradable que se hiciese al rey con esta máxima tiránica, tuvo Inocencio III bastante crédito en Inglaterra para hacerle despojar de un gran número de beneficios que habia adquirido por medio de sus intrigas, y reducirle á un estado de miseria en que se le vió mucho tiempo mendigar el pan de puerta en puerta.

Despues de muchas conferencias con Pandolfo, subdiácono de la Iglesia romana y Durando, caballero templario, enviados por Inocencio al rey con la esperanza de restablecer la paz, sordo Juan á los consejos de la razon y de la justicia, rehusó devolver los bienes que habia confiscado á los obispos y canónigos desterrados; tres obispos de su corte y algunos cortesanos seculares le habian persuadido que era ya mucho conceder el consentir regresasen los que él habia precisado á huir. Por último, el Papa Inocencio, cediendo á los clamores del pueblo y del clero, declaró (1211) á todos los vasallos y súbditos de Juan, rey de Inglaterra, absueltos del juramento de fidelidad, y prohibió bajo pena de excomunion que persona alguna comunicase con él en cualquiera manera, ni aun en la mesa, ni por consejo, ni simplemente para hablarle. Pasó todavía mas adelante en el año siguiente: habiendo ido á Roma los obispos de Londres y de Eli, y el arzobispo de Cantorbery para esponerle la cruel persecucion que Juan hacia á la iglesia en Inglaterra, de acuerdo con los cardenales y de otras personas graves, pronunció sentencia espresando que el rey de Inglaterra fuese depuesto del trono y que á instancia del Sumo Pontífice se le diese un sucesor mas digno de reinar. El rey

Juan, dice Fleury, se habia hecho odioso, no solamente á los eclesiásticos de su reino, sino tambien á la nobleza, al pueblo y á todos sus súbditos, con sus crueldades, sus exacciones y sus desórdenes. Habia abusado de las mugeres é hijas de muchos caballeros, á pesar de la resistencia que le oponian; á otros los habia reducido á la mayor indigencia con sus estorsiones; y habia desterrado los parientes y amigos de otros y aprovechádose de sus bienes. Todos ellos recibieron con el mayor gozo la absolucion que el Papa les daba de su juramento de fidelidad y hasta se decia que muchos señores habian enviado al rey de Francia sus cartas con sus sellos invitándole á ir á Inglaterra á recibir la corona (1). Inocencio escribió á Felipe Augusto que se encargase de esta empresa para obtener la remision de sus pecados, y á fin de que él y sus sucesores, despues de haber destronado al rey Juan, poseyesen perpétuamente el reino de Inglaterra. Escribió tambien una carta circular á todos los señores, caballeros y hombres de guerra de diversas naciones, para que no se detuviesen en cruzarse para deponer al rey de Inglaterra y vengar la injuria de la Iglesia universal. Añadia, que todo el que concurriese con sus bienes ó en otra manera á la destruccion de este rey perverso, recibiria de la Iglesia la misma proteccion que los que visitaban el Santo Sepulcro. Felipe Augusto, excomulgado en otro tiempo por el Papa, habia declarado nulas y abusivas sus censuras; pero, como observa oportunamente Feller, «pensó de muy diferente modo cuando se vió nombrado ejecutor de una bula que le hacia dueño de Inglaterra.» En el fondo, con los Papas que daban reinos que no les pertenecian, sucedia lo que se está viendo hacer á un magistrado que ad-

(1) Lib. 77, n. 6.